

El **MNCN**
en el
origen
y evolución
de una
bióloga



Marta
Fernández Lara

Una porción de la naturaleza congelada en el tiempo que se puede observar en el
MNCN / Jairo O.



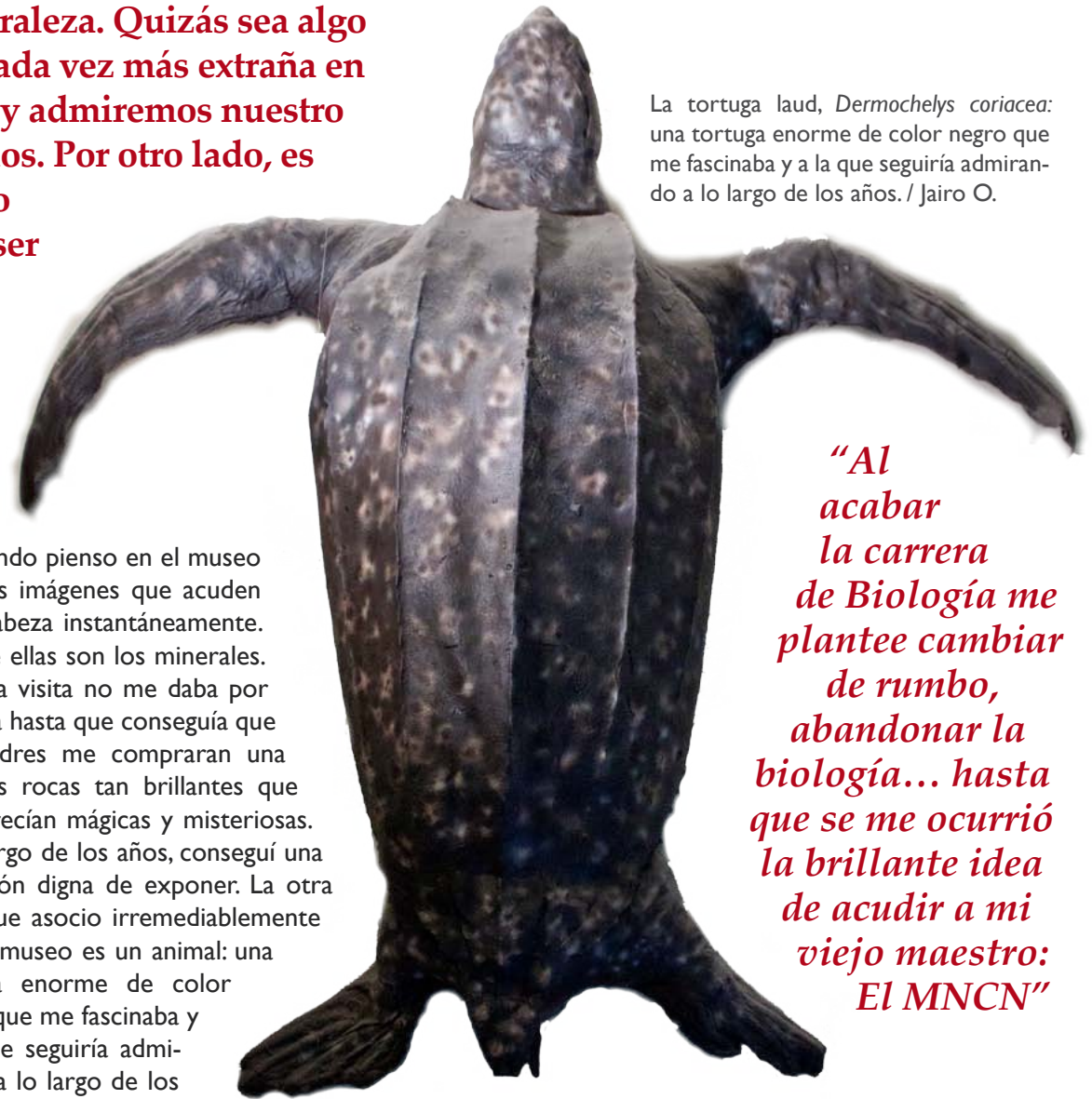


No sé de dónde viene mi amor por la naturaleza. Quizás sea algo genético, puede que por esa mutación, cada vez más extraña en nuestra especie, que hace que respetemos y admiremos nuestro entorno y a los seres con los que convivimos. Por otro lado, es posible que no se trate de algo innato, sino adquirido del entorno en el que crecí. De ser así, estoy convencida de que el Museo de Ciencias Naturales de Madrid fue uno de mis grandes maestros.

Siempre me han encantado los animales. Todos. Bueno, algunos más que otros. Las cucarachas nunca han sido de mi agrado y los humanos me gustan de vez en cuando.

Cuando era niña, los domingos significaban una cosa: visita al Museo de Ciencias. Recuerdo haber recorrido una y otra vez las exposiciones admirando incansablemente los animales que se escondían tras las vitrinas. Los esqueletos, el elefante, el calamar gigante, los lobos, los pájaros... Mi mente infantil no llegaba a comprender de dónde habían salido esas criaturas ni por qué estaban allí, tan sólo me limitaba a observar aquella porción de la naturaleza congelada en el tiempo. También recuerdo la primera vez que viajé al pasado al entrar en el Real Gabinete de Historia Natural, como si de repente me encontrara en algún punto lejano de la historia. O del asombro que sentía al atravesar la galería que lo rodea, cuyas paredes repletas de animales me parecían inmensas e inalcanzables. Sin embar-

go, cuando pienso en el museo hay dos imágenes que acuden a mi cabeza instantáneamente. Una de ellas son los minerales. En cada visita no me daba por vencida hasta que conseguía que mis padres me compraran una de esas rocas tan brillantes que me parecían mágicas y misteriosas. A lo largo de los años, conseguí una colección digna de exponer. La otra cosa que asocio irremediabilmente con el museo es un animal: una tortuga enorme de color negro que me fascinaba y a la que seguiría admirando a lo largo de los años.



La tortuga laud, *Dermochelys coriacea*: una tortuga enorme de color negro que me fascinaba y a la que seguiría admirando a lo largo de los años. / Jairo O.

“Al acabar la carrera de Biología me planteé cambiar de rumbo, abandonar la biología... hasta que se me ocurrió la brillante idea de acudir a mi viejo maestro: El MNCN”



Durante mi adolescencia, me alejé del mundo de las ciencias naturales por un tiempo. Sin embargo, mi interés resurgió con más fuerza en los últimos años de colegio. El estudio de las Ciencias de la Tierra me descubrió el efecto invernadero, el cambio climático, la destrucción de la capa de ozono, la contaminación por plásticos y todo un sinfín de catástrofes producidas por el ser humano. Todo ello, unido a las noticias sobre el maltrato animal, las extinciones y la destrucción de la biodiversidad fue lo que despertó mi deseo de salvar el mundo. Pensé que el camino correcto para conseguirlo era estudiar Biología. Así, con motivación y mucho esfuerzo logré que me admitieran en la carrera.

Había cumplido un sueño. Había logrado atrapar la ola y agarrarme a ella con fuerza. Lo que no sabía era lo difícil que me iba a resultar mantenerme a flote.

El primer día de una nueva etapa siempre es extraño. Un edificio nuevo, gente desconocida... Cuando comenzaron las clases, todo me gustaba y, como era de esperar, mi asignatura favorita era Zoología. Aquel primer año descubrí que los profesores no sólo dan clase, sino que también investigan, y lo que eso significa. Algunos transmitían tanta pasión por su trabajo que lograban que saliera de clase decidida a seguir su camino. Se parecían mucho a los superhéroes que había imaginado, pero llevaban bata en lugar de capa.

Desde el primer instante nos advirtieron de que en ese mundo no entra cualquiera. Y los

“En la universidad descubrí que los profesores no sólo dan clase, sino que también investigan. Algunos transmitían tanta pasión por su trabajo que para mí eran como superhéroes con bata en lugar de capa”



El Real Gabinete de Historia Natural, una puerta hacia el pasado rodeada por una inmensa galería repleta de animales. / Jairo O.

que entran, tienen que luchar duro para quedarse. Recuerdo que, en una de las primeras clases, nos preguntaron quién quería dedicarse a la investigación. Yo levanté la mano, sin pensarlo un instante. El profesor en cuestión nos miró un momento y dijo: “Siento decirles que menos de la mitad logrará serlo” Fue un jarro de agua fría sobre nuestras cabezas. Sin embargo, no quise creerlo. En materia académica siempre había conseguido lo que me proponía a base de estudiar y trabajar duro. Lo que aprendería años más tarde, es que en la universidad sólo eso no es suficiente. Poco a poco, me sumergí en el bucle de competitividad en el que entramos o, más bien, al que nos empuja este sistema educativo en el que sólo somos un número. Así, comenzó la tormenta: ansiedad, desmotivación, ganas de dejarlo todo. Ese fue el resultado del segundo año de carrera en el que, además, llegó mi mayor desilusión con unas prácticas en las que descubrí que tampoco servía para trabajar cuidando animales en un centro. Por alguna razón, no conseguía encontrar mi sitio.

Así, a pesar de que el último año fue el mejor de todos, al acabar la carrera pasé un año dudando, planteándome cambiar de rumbo y trayectoria, probar suerte en otras cosas... hasta que se me ocurrió la brillante idea de acudir a mi viejo maestro. En realidad, nunca he abandonado el museo. A lo largo de la carrera realicé visitas con algunas asignaturas, acudí regularmente a los seminarios e incluso intenté meter la cabeza en algún grupo de in-





“Mi estancia en el MNCN me pareció maravillosa. Leer artículos, entrevistar a investigadores o redactar notas de prensa hizo que volviera a valorar el mundo natural que casi había olvidado”

Ejemplar de león africano enseñando los dientes a los visitantes del MNCN./ Jairo O.

vestigación. Se podría decir que conocía todos sus secretos. Bueno, todos todos no. Me faltaba un rincón escondido entre los árboles, una casita frente a un lago, como sacada de un cuento: el Departamento de Comunicación. Desde el principio me había atraído la divulgación científica y, puesto que seguía de cerca las actividades y exposiciones del museo, me animé a probar suerte en aquel mundo.

He de reconocer que antes de empezar, no estaba muy motivada. Pensaba en ello como una experiencia más, una oportunidad de pro-

bar algo nuevo, pero sentía que no debía ilusionarme demasiado para no llevarme otra decepción. Nunca imaginé lo mucho que iba a disfrutar mi estancia allí. En el Departamento de Comunicación, me dejaron participar en todo, me pidieron opinión e incluso consejo, en definitiva, me trataron como a una más. Y, por si fuera poco, el trabajo me pareció maravilloso. Leyendo artículos, entrevistando investigadores, redactando notas de prensa, volví a empaparme del mundo natural que casi había olvidado. Inesperadamente, recuperé el cariño

que siempre había tenido por la naturaleza y el estudio de la Biología. Por fin parecía había encontrado mi lugar, un sitio en el que sentía que encajaba.

Ahora, echando la vista atrás a mi corta trayectoria como bióloga, observando este proceso de construcción, destrucción y reconstrucción como una mera espectadora de mi propia vida, me siento como uno de esos animales que tanto adoro: las tortugas marinas. Después de vagar sin rumbo durante tanto tiempo, luchando contra la fuerza de las corrientes, huyendo de los depredadores que siempre andan al acecho para comerse al más débil, al que menos ruido hace, regreso, ya sea por intuición, por instinto o por algún mecanismo que se implantó en el cerebro de alguno de mis antepasados, a la orilla de la que emergió el germen de mi pasión por la Biología. Quiero pensar que durante mi corta estancia en esta playa he puesto algunos huevos en forma de escritos que quizás logren sobrevivir. Textos que espero que cuando lleguen al público, hagan emerger del cascarón pequeñas mentes curiosas que decidan seguir mi camino y el de muchos otros: el del estudio de la naturaleza ■

